

Charalá

Entrevista con Janeth Vargas, autora de *El llamado del lago*

«En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualesquiera de las conocidas hasta entonces por sus trescientos habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto.»

Macondo podría llamarse Charalá.

Úrsula Iguarán, la fundadora, podría llamarse Janeth Vargas, nacida en su macondito colombiano, en 1966.

«Charalá es un pueblo muy conservador, allí vive aún parte de mi familia y todo el mundo sabe de todo el mundo. Mis padres siempre me repetían: “Las niñas decentes no hacen esto o las niñas decentes no hacen lo otro”», regresa a los anchos pastos de la infancia Janeth Vargas, mujer apasionada de argollas chapadas, rojos libidinosos y un horizonte de luz que la trasciende y la traspone. «En ese pueblo los liberales no tenían opción de gobernar; mandaban los conservadores, con la religión.»

Al abuelo de Janeth, Pedro, nunca le llevaron al paredón, como en la novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* («*La enfermedad del insomnio lleva al olvido*»).

«Pedro era un hacendado que tuvo once hijos y otros tantos de relaciones no muy santas.»

La independiente Amaranta sería la hija de Janeth, Manuela, abogada como su madre, la Úrsula de la novela del boom latinoamericano («*el vicio hereditario de hacer para deshacer*»).

«Una vez fui a una canalizadora de ángeles y antes de entrar en la carpa me preguntó: “¿Y tú qué estudiaste?”. Yo le contesté: “Derecho”. “¿Por qué?”, prosiguió. “Porque quise ser abogada. ¿Por qué me lo pregunta?”, me interesé. “Porque te veo escribiendo libros, pero no de Derecho”, dijo.»

La pitonisa sería Melquíades, en cuyos pergaminos estaba escrito el destino de la familia para los próximos cien años.

Sartal de huevos. Cachacas. Rincones amelazados de tela. Pudendo. Pollarines de encaje.

En un día nublado y acobardado del 2010, los rayos de sol irisaban el lago Titicaca, ese inmenso Himalaya de agua a casi cuatro mil metros de altura.

Cerca de este lugar turístico entre Perú y Bolivia, la Puerta de Hayu Marka, lugar sagrado en el que los antiguos, los primeros pobladores, tallaron en la roca la entrada a una dimensión desconocida.

Janeth acercó su frente lisa a las estrías de la piedra incaica.

«Puse el llamado tercer ojo y en un principio no sentí nada. Sería mucho tiempo después cuando me di cuenta de que algo había cambiado en mí.»

Ella quería escribir y nunca supo de qué tenía que escribir.

Entonces empezaron a bailar los dedos al ritmo de foxtrot.

«Me salía un cuento cuando en realidad era una novela. Empezó a arrancar sola y a los personajes ya no les controlé», insiste. «De esas hojas salió *El llamado del lago* [Ediciones Carena, 2020].»

Ella quería defender a los demás y ese espíritu se adueñó de brazos, piernas y ojos.

«Trabajaba en el viceministerio técnico, en estudios de carácter financiero», repasa.

«Era peleona y me salía siempre con la mía, no le tenía temor reverencial a nada ni a nadie.»

Después, durante dos décadas, ejerció la abogacía.

En el 2017, Janeth se vino a Barcelona. Lo pasó mal hasta que lo pasó bien. Hizo y deshizo. Escribió porque ya sabía que sabía. Que una fuerza sobrehumana, un pedernal de energía de civilizaciones perdidas, la había impulsado hacia adelante o hacia atrás, como le ocurrió a la enfermera Claire Fraser en la serie de televisión *Outlander*, que saltó a otro siglo por haber tocado los monolitos milenarios escoceses de Craigh Na Dun.

Aquí volcó sobre papel chamanes, canalizaciones, metafísica, Atlántidas y cicatrices. «Usted vino a Barcelona para sanar una vida pasada», le descubrió una señora de excepcional intelecto, vinculada a la espiritualidad.

A *El llamado del lago* le siguió *Las siete entradas al Templo del Sol*. Y a esta, otras dos obras de las que aún desconoce el título.

Melaza de alquitrán. Ataranta. Manglares del delirio. Papel crespón. Aguas diuréticas. Ha escrito todos los libros la letrada Janeth Vargas, la Úrsula Iguarán de *Cien años de soledad* («*la mansedumbre del hombre que ha leído todos los libros*»).

Ha abierto todas las puertas.

Por eso es inmortal.

Macondo surgió de la nada y se fundó sin cementerio.

Jesús Martínez